

KEVIN Y ALEX MALARKEY



El niño que volvió del cielo

*Un relato extraordinario
de familia, fe y milagros*

una verdadera historia

K E V I N Y A L E X M A L A R K E Y

El niño que volvió del Cielo

*Un relato extraordinario de familia,
fe y milagros*



TYNDALE HOUSE PUBLISHERS, INC.
CAROL STREAM, ILLINOIS

Visite la apasionante página de Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

TYNDALE and Tyndale's quill logo are registered trademarks of Tyndale House Publishers, Inc.

El niño que volvió del Cielo: Un relato extraordinario de familia, fe y milagros

© 2011 por Kevin Malarkey. Todos los derechos reservados.

Ilustración de las alas de la portada © por Michael Knight/iStockphoto. Todos los derechos reservados.

Ilustración de la silla de ruedas de la portada © por Stockbyte/Photolibary. Todos los derechos reservados.

Fotografías de plumas al principio de los capítulos © por PLAINVIEW/iStockphoto. Todos los derechos reservados.

Reimpresión del encarte del artículo del periódico y la fotografía que lo acompaña © 2004 por Bellefontaine Examiner. Todos los derechos reservados.

Fotografía del encarte de los automóviles involucrados en el accidente por cortesía de Logan Country Sheriff's Office.

Fotografía del interior del helicóptero © por MedFlight. Todos los derechos reservados.

Fotografía del interior de la ambulancia, carteles de bienvenida, Alex en su silla con los tubos © por Chip Wall. Todos los derechos reservados.

Fotografías del interior del camino y de la placa de la furgoneta por Stephen Vosloo, © por Tyndale House Publishers, Inc. Todos los derechos reservados.

Ilustración interior de Alex rodeado de ángeles © por Melissa Roberts. Todos los derechos reservados.

Fotografías interiores del Canal 5 de la historia Groundbreaking Surgery (Innovadora operación) usadas con permiso de WEWS/Cleveland y © por Scripps Media, Inc. Todos los derechos reservados.

Radiografía del interior del cuello © por Nationwide Children's Hospital. Todos los derechos reservados.

Todas las demás fotografías interiores son de la colección de la familia Malarkey y se reimprimen con permiso.

Fotografías de los autores por Stephen Vosloo, © por Tyndale House Publishers, Inc. Todos los derechos reservados.

Diseño: Stephen Vosloo

Traducción al español: Raquel Monsalve

Edición del español: Mafalda E. Novella

Publicado en asociación con la agencia Loyal Arts Literary Agency.

Versículos bíblicos sin otra indicación han sido tomados de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Versículos bíblicos indicados con rv60 han sido tomados de la *Santa Biblia*, versión Reina-Valera 1960. Copyright © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; Copyright © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso.

Originalmente publicado en inglés en 2010 como *The Boy Who Came Back from Heaven: A Remarkable Account of Miracles, Angels, and Life beyond This World* por Tyndale House Publishers, Inc., con ISBN 978-1-4143-3606-0.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Malarkey, Kevin.

[Boy who came back from heaven. Spanish]

El niño que volvió del cielo : un relato extraordinario de familia, fe y milagros / Kevin y Alex Malarkey ; [traducción al español, Raquel Monsalve].

p. cm.

ISBN 978-1-4143-3610-7 (sc)

1. Malarkey, Alex. 2. Near-death experiences—Religious aspects—Christianity. I. Malarkey, Alex. II. Title.

BT833.M3518 2010

236'.1092—dc22 [B]

2010040222

Impreso en los Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

17 16 15 14 13 12 11
7 6 5 4 3 2 1

Contenido

	Reconocimientos	<i>v</i>
	Introducción	<i>vii</i>
CAPÍTULO 1	En la encrucijada	<i>1</i>
DE ALEX:	Fui al Cielo	<i>15</i>
CAPÍTULO 2	Tres viajes	<i>19</i>
DE ALEX:	Veo todo desde el techo	<i>33</i>
CAPÍTULO 3	72 horas	<i>35</i>
DE ALEX:	Dentro de las puertas	<i>53</i>
CAPÍTULO 4	Se reúne un ejército	<i>57</i>
DE ALEX:	El Cielo y la tierra	<i>73</i>
CAPÍTULO 5	Milagros, problemas y más milagros	<i>75</i>
DE ALEX:	Ángeles	<i>94</i>
CAPÍTULO 6	Nos encontramos con otro mundo	<i>97</i>
DE ALEX:	Los ángeles me ayudan	<i>124</i>
CAPÍTULO 7	De regreso a casa	<i>127</i>
DE ALEX:	Hablando con otras personas	<i>157</i>
CAPÍTULO 8	La guerra y la paz	<i>159</i>
DE ALEX:	Demonios	<i>183</i>
CAPÍTULO 9	Fines y comienzos	<i>187</i>
DE ALEX:	Todavía visito el Cielo	<i>205</i>
CAPÍTULO 10	El camino por delante	<i>209</i>
EPÍLOGO:	Preguntas y respuestas con Alex	<i>229</i>
	Apéndice de versículos bíblicos	<i>233</i>

Reconocimientos

¿Cómo podríamos Alex y yo darle las gracias a alguien sin primero darle las gracias a Dios en el Cielo, quien nos salvó la vida a los dos el 14 de noviembre, 2004, y quien es la razón del significado y la esperanza que impregnan nuestras vidas?

Quiero agradecerle a Beth, quien tuvo una visión de lo que la historia de Alex podría hacer para ayudar a otras personas. El incansable trabajo que realiza con Alex va más allá de lo que se puede describir. Gracias, Aaron, Gracie y Ryan, por tratar siempre de entender la atención que recibe Alex, y por también entender que Dios, su mamá y yo nos preocupamos por ustedes tanto como por su hermano mayor.

Gracias a los miles y miles de personas que han orado todos los días, por muchos años, por nuestra familia. Ustedes han desempeñado un papel importante, que hemos intentado destacar en nuestra historia. Lo que es más importante es que sus oraciones están guardadas en el Cielo. Gracias, pastor Brown, pastor Ricks, y gracias a todas las otras maravillosas personas que organizaron los esfuerzos para ayudar a nuestra familia.

Gracias a todas las fantásticas personas de la editorial Tyndale House, quienes no sólo han puesto nuestra historia en forma de libro, sino que también se han convertido en miembros clave del apoyo en oración por

Alex y el resto de nuestra familia. Alex quiere hacer mención especial de su amigo Stephen Vosloo, quien trabajó en todas las fotografías del libro y quien en forma continua trae una sonrisa al rostro de Alex. Nuestro agradecimiento a Lisa Jackson, a Kim Miller y a Jan Long Harris por ayudarnos a organizar nuestra historia. Gracias también a Rob Suggs por su ayuda con el manuscrito.

Gracias, Matt Jacobson, por —¿qué es lo que no has hecho?— por orar, escribir, revisar y servirnos como nuestro agente y, lo que es más importante, por ser nuestro amigo.

También quiero agradecer a mis padres porque siempre han creído en mí, y por presentarme al Dios a quien ahora sirvo. Agradezco también a los padres de Beth, quienes me han enseñado acerca del valor y de la gracia durante tiempos difíciles.

Por último, quiero darle las gracias a mi hijo Alex. Tú eres mi héroe y eres la persona a la que me quiero parecer cuando sea grande.

Introducción

FUIMOS CREADOS PARA mucho más que las cosas de este mundo.

Hay veces en que lo presentimos. En que sentimos que, a pesar de nuestros mejores esfuerzos, en realidad no pertenecemos a este mundo, que este lugar no es nuestro destino final. Tenemos ciertos deseos y anhelos profundos que todavía no pueden ser satisfechos.

De hecho, cuando tratamos de hacer que este mundo sea nuestro hogar, nuestro lugar por excelencia de seguridad y comodidad, simplemente terminamos sintiéndonos desilusionados o vacíos. Es por eso que uno de los grandes santos de la iglesia escribió: “Nuestros corazones no encuentran descanso hasta que lo encuentran en ti, oh Dios.”

Nuestro hogar es el Cielo. Pero ¿qué es el Cielo? El Cielo resplandece con el brillo de la gloria de Dios. Está lleno de la música de los ángeles en adoración, y de la belleza de un paisaje que no ha sido asolado. Debido a que es la morada de Dios, los que entran por sus puertas sólo experimentan paz, esperanza, fe y amor: la esencia de Dios mismo.

A pesar de lo mucho que anhelamos el Cielo, hay un problema. Sabemos muy poco sobre el lugar para el cual fuimos creados. ¿A

quién conoce usted que haya estado allí? ¿Ha visto algunas fotografías? Bueno, quizás haya escuchado historias de luces blancas y de túneles de algunas personas que han experimentado la muerte y luego han vuelto a esta vida. Pero ¿qué si existiera una persona que hubiera estado en el Cielo . . . *que realmente caminó a través de sus puertas* . . . y que estuvo allí el tiempo suficiente como para aprender sobre eso? ¿Estaría interesado en lo que esa persona le puede decir?

Bueno, yo conozco a semejante persona. Es mi hijo William Alexander Malarkey. Nosotros le decimos Alex.

En noviembre de 2004, Alex y yo estuvimos en un accidente automovilístico. El accidente fue tan terrible que no se esperaba que Alex, de seis años de edad en ese momento, sobreviviera, y alguien del personal médico allí sugirió que llamaran al doctor que se encarga de investigar las muertes anómalas. Más tarde, en el hospital, Alex estuvo en estado de coma durante dos meses. Durante ese período, Alex pasó tiempo en el Cielo, y cuando regresó a nosotros, tuvo mucho que decir sobre esa experiencia.

Bueno, sé lo que tal vez usted esté pensando: *Un niño va al Cielo y luego regresa para hablarnos de eso? ¿Espera que lo crea?*

No estoy aquí para promover nada o para convencerlo de un argumento teológico, o para forzarlo a validar las experiencias de Alex. Pero humildemente le presento un desafío: suspenda toda clase de idea preconcebida por sólo algunos capítulos.

Creo que su vida podría cambiar para siempre.

A veces no tengo idea de qué hacer en cuanto a la vida sobrenatural de Alex —no tengo ningún compartimiento teológico en el cual colocar estas cosas. Pero todas las personas que se han tomado el tiempo de conocer a Alex están de acuerdo en que él es un niño muy singular en quien Dios ha colocado su mano para sus propósitos.

Lo que sigue incluye descripciones físicas de partes del Cielo; una narración de la forma en que Dios y Alex a veces hablan cara a cara; y detalles acerca de la experiencia directa de Alex con los ángeles, los demonios y, sí, con el diablo mismo.

El Cielo es real. Hay un mundo que no vemos que funciona —una dimensión espiritual intensamente activa aquí mismo en la tierra, alrededor de nosotros. Y mucha de esa actividad impide que nos enfoquemos en nuestro destino futuro, el lugar donde pasaremos la eternidad.

Alex ha estado allí. Y si su corazón alguna vez se ha inquietado, si alguna vez ha deseado algo más de lo que este mundo ofrece, lo invito a que siga a Alex en su viaje de ida y vuelta al Cielo.



CAPÍTULO I

EN LA ENCRUCIJADA

*El camino derecho y sin automóviles
fue una ilusión óptica mortal.*

LAS HOJAS APENAS se mantenían en los viejos robles a la par del camino aquella fría mañana de noviembre. Mientras Alex y yo íbamos camino a la iglesia en mi viejo automóvil Honda Civic, finalmente comencé a abandonar la sensación de urgencia que había sentido mientras vestía a mi hijo mayor y salía de mi casa.

En nuestra familia, al igual que en muchas otras, organizarnos para ir a la iglesia implicaba luchar contra las fuerzas del caos. Ya se nos estaba haciendo tarde cuando Alex corrió desnudo por la casa y se sentó frente al televisor para mirar un programa sobre la naturaleza en lugar de vestirse, como se le había dicho que hiciera. No tenía la ropa puesta, no había desayunado, y, para decir la verdad, no había obedecido a mami, todo lo cual había colaborado para ponernos nerviosos y agotar nuestra paciencia. Pero aún más que esto estaba sucediendo en nuestra familia.

Justo el día anterior, Ryan, nuestro hijo recién nacido, había llegado a casa del hospital. Con Ryan, el número de nuestros hijos aumentó a cuatro, el mayor de seis años. ¿Puede alguien estar realmente preparado para cuatro hijos pequeños? Parecía que la mejor forma de mantener cierta forma de normalidad era que por lo menos dos de nosotros fuéramos a la iglesia aquel día.

Ahora, mirando por el espejo retrovisor, sonreí y los ojos de mi hijo me devolvieron la sonrisa.

—Oye, hijo, me alegro de que estés conmigo hoy.

—Yo también, papí. Este tiempo es sólo para ti y para mí, ¿no es cierto?

—Sí, Alex. ¡Sólo para ti y para mí!

Alex y yo nos llevábamos muy bien. Desde el principio, siempre hacíamos las cosas e íbamos a todos lados juntos. Siempre cerca de Alex se encontraban sus “Barney.” Algunos niños tienen un animal de peluche, otros una frazada que llevan a todos lados. Alex tenía sus “Barney,” pequeños trozos de tela que a él le gustaba ponerse en la boca. Alex era el mayor de mis cuatro hijos —¡cuatro! ¡Qué número tan grande! Nos iba a tomar tiempo acostumbrarnos a eso.

Continuamos el viaje en silencio. Fijé la vista en el horizonte, como si en forma involuntaria quisiera atisbar en el futuro, un futuro que parecía lleno tanto de cosas buenas como, francamente, de incertidumbre. Sentía el peso de la responsabilidad de ser el “papito” de cuatro niños pequeños. En forma involuntaria respiré profundamente y exhalé el aire haciendo ruido. No pude evitar pensar en las facturas médicas.

Hacía poco que habíamos cambiado de seguro médico y los gastos por el nacimiento de un hijo no serían cubiertos por varios meses. El hecho de que llegó al mundo sin estar asegurado no hizo que nuestro

pequeño hijo fuera menos maravilloso, pero no se puede negar que hizo que su nacimiento fuera muy caro.

Las hojas volaban por la carretera, lo que hacía evidente que la brisa estaba aumentando. La estación estaba cambiando. *Todo* estaba cambiando —nueva casa, nueva iglesia y un bebé recién nacido. Las estaciones son naturales y buenas. Nuestra familia se estaba embarcando en una nueva estación, un bebé recién nacido. Era natural y bueno también. También nos las arreglaríamos bien con el dinero. Siempre era así. Volverme a enfocar me hizo sentir seguridad y me ayudó a apreciar lo que había sucedido ayer: mi linda esposa, Beth, y yo habíamos pasado horas tomando turnos para sostener en brazos, tocar y arrullar a nuestro hijo recién nacido.

Alex no había querido tomarlo en brazos.

—Ven acá, Alex —le dije—. Tú eres su hermano mayor. Ven y toma en brazos a Ryan.

—Papi, en realidad no quiero. ¿Puedo sólo tomar las fotos? No me gusta cargar a los bebés.

Por un momento estudié a mi hijo mayor, y luego Beth y yo intercambiamos miradas.

—Claro, hijo. Mira, toma las fotos.

¿Quién puede entender la mente de un niño pequeño? Él se acercaría a Ryan a su tiempo. ¿Para qué forzarlo?

El entrar al estacionamiento de la iglesia me trajo al presente. Beth y el bebé estaban ahora en casa descansando junto a Gracie, de dos años de edad, y a Aaron, de cuatro, y Alex y yo estábamos a punto de conocer a algunas nuevas personas. Sólo habíamos asistido a esta iglesia unas pocas veces.

Antes de salir del automóvil, sentí, de una forma nueva, lo mucho que tenía para estar agradecido, todas las bendiciones que había

recibido, todo lo que tenía: un nuevo miembro en nuestra familia al mismo tiempo que nos estábamos haciendo miembros de una nueva iglesia, una nueva casa en el campo, a la cual nos habíamos mudado no hacía mucho tiempo. Aunque mi práctica privada de psicoterapia aún no había repuntado, yo tenía una ocupación, no como mucha gente que conocíamos que estaba luchando arduamente.

Pero ¿estaba verdaderamente agradecido? Sí, un poco agradecido . . . en forma general. La presión continua de las facturas que se acumulan tiene una forma de captar la atención, de oscurecer todas las cosas buenas para que no las veamos, de distorsionar la belleza que nos rodea y llena nuestra vida. Es como el goteo molesto de una llave de agua que no se puede arreglar, o en mi caso, como el sonido estridente de un detector de humo que advierte en cuanto a las facturas pequeñas que todavía no se habían cancelado y el pago de la hipoteca que todavía no había sido remitido . . . por segundo mes. La verdad es que la nube de esa presión financiera oscurecía la bella, diáfana luz de las verdades de Dios para que yo no las viera. Aun así, era domingo, y en nuestra familia, los domingos vamos a la iglesia.

Alex se dirigió a su clase y yo me senté. Con cortesía le sonreí a todos los que me miraron mientras buscaban asiento en el auditorio, pero de nuevo, tenía la mente fija en la canasta donde poníamos nuestras facturas, la cual parecía destellar cada vez que entraba a mi casa por la puerta principal. Terminaron los himnos, y de pronto regresé al presente cuando el pastor Gary Brown abrió la Biblia en el púlpito y comenzó a hablar:

“Hemos estado examinado diferentes aspectos del carácter de Dios. Dios se ha identificado a sí mismo en las Escrituras usando muchos nombres. Hoy vamos a considerar cómo Dios se nos ha revelado en lo concerniente a nuestras necesidades: Jehová-jireh. Dios

ha tomado sobre sí la responsabilidad de asegurarse de que tengamos todo lo que necesitamos, un mensaje que nos da por su nombre, el que literalmente significa ‘el Señor proveerá.’ Quiero ser claro: Dios no dijo que proveería todas las cosas que queremos, sino las cosas que él cree que necesitamos. Si Dios ha dicho que se preocupa por nuestras necesidades y que son su responsabilidad, ¿por qué pasamos tanto tiempo ansiosos?”

Me sentí como si tuviera un blanco en la frente con una flecha grande en el medio. El sermón podría haber terminado allí. Mi carga, tan palpable unos momentos antes, fue reemplazada en mi espíritu por una sensación de alivio que no había experimentado en toda la mañana. Esta era sólo mi quinta visita a la iglesia, así que no había forma de que el pastor Brown hubiera podido, en forma consciente, dirigir el sermón a mi situación. Bajé la cabeza a mis manos, y tuve que sonreír por lo oportuno de la reprensión. Dios es el Proveedor. Él sabe lo que necesito. Pensé de nuevo en la canasta en que ponemos las facturas. *Lo primero que voy a hacer cuando llegue a casa es pegar un cartel frente a la canasta que diga: Dios proveerá para todas nuestras necesidades.*

Después del servicio, conversé con el pastor de los niños. Caminamos por el jardín en el ahora agradable aire de otoño, hablando sobre la visión del pastor para la iglesia y para la administración. Alex trató de ser paciente durante esa conversación de adultos. Intercambiamos miradas y nos sonreímos el uno al otro, pero a mi hijito se le hizo difícil soportar una conversación que para él parecía que nunca iba a terminar. Me incliné hacia él y le susurré: “Alex, te has portado muy bien. ¿Qué te parece si camino a casa paramos en un parque?”

Una gran sonrisa me indicó que estaba de acuerdo.

A los pocos minutos, Alex y yo nos dirigimos al automóvil, que ahora era prácticamente el único en el estacionamiento. Le aseguré el cinturón de seguridad en el asiento posterior, pero antes de sentarme detrás del volante, dejé vagar mis ojos a través del pavimento hacia las puertas del frente del edificio de la iglesia. Había llegado con ansiedad y ahora me estaba yendo con esperanza. ¿Cómo podía no estar agradecido?

—Papi, ¡acuérdate de que vamos a ir al parque! —me dijo Alex mientras yo me sentaba en el asiento del conductor.

—Por supuesto, Alex. Pero tú me vas a tener que ayudar a encontrar un parque. Fíjate bien del lado de tu ventanilla.

Íbamos por el camino buscando un parque donde Alex pudiera jugar con la misma intensidad que los cazadores buscan sus presas.

Durante nuestro corto camino vimos un cementerio. A menudo, cuando veíamos un cementerio, yo había usado la ocasión para enseñarle a Alex que cada uno de nosotros tiene un espíritu.

—Mira, Alex, un cementerio. ¿Qué es lo que hay allí?

—Solamente cuerpos, papi. En los cementerios no hay personas, porque cuando mueren, sus espíritus dejan los cuerpos y van a su nuevo hogar.

—Así es, hijo. Oye, ¿dónde está ese parque?

Poco después, Alex gritó: “Mira, allí hay uno. ¡En ese lado!”

El automóvil apenas se había detenido cuando Alex salió corriendo hacia las escaleras, las barras y los toboganes. Hacía muy poco tiempo que Alex se había asustado en la parte superior de un tobogán en forma de tubo en un lugar donde venden hamburguesas. Allí estaba yo, con mi altura de 1,88 metros, tratando de pasar por el túnel. ¡Papá, al rescate! Pero no más. Desde aquel día, de alguna forma, Alex se había convertido en un niño osado. “Alex, ten

cuidado,” le advertí. “Me estás asustando. Fíjate bien dónde pones las manos y los pies.”

Por lo general, Beth estaba disponible para contener a Alex, pero en su ausencia, de pronto sentí que Alex estaba arriesgándose demasiado. Yo tenía razón. Alex ya era un veterano con dos visitas a la sala de emergencias. En su última visita, tengo que admitir que eligió un tiempo oportuno. Allí estaba yo con Alex, en la sala de emergencias, mientras le estaban colocando puntos. Cuando el doctor terminó, dejé a Alex con su tía y ¡corrí a la sala de partos para estar con Beth justo antes de que naciera Aaron! La forma en que Alex estaba columpiándose, colgándose y balanceándose ahora, hacía fácil imaginar otra visita a la sala de emergencias hoy.

—Papi, fíjate, ¡sin agarrarme!

—Eres un campeón, Alex. Pero por favor, ten cuidado. —¿Dónde estaba mi pequeño y tímido Alex?

Después de unos quince minutos, comencé a ponerme inquieto, sabiendo que Beth se estaría preguntando dónde estábamos.

“Vamos, hijo. Mejor nos ponemos en marcha. Mami ya se estará preguntando qué es lo que nos ha pasado.”

Entre el Cielo y la tierra

Después de asegurar a Alex en el asiento directamente detrás del mío, tiré de la correa para asegurarme de que estaba apretada. El próximo desafío era encontrar el camino a nuestro hogar en este territorio poco conocido, no porque no supiera cómo había llegado a la iglesia, pero encontrar atajos y explorar nuevos caminos es parte de lo divertido de vivir en un sitio nuevo. Salí a la pista y vi una intersección a poca distancia. Comencé a discar en mi teléfono celular para avisarle a Beth dónde estábamos.

“Mira, Alex, te apuesto a que ese camino nos llevará a casa. Vamos por él.” Aunque era un camino rural, estaba bordeado por varias casas estilo hacienda con grandes jardines.

Ring . . . Ring . . .

Con el automóvil detenido en la intersección y el teléfono al oído, miré, como hago siempre, en ambas direcciones. No vi ningún vehículo por lo menos en un kilómetro. Lo que yo no sabía era que en esta intersección desconocida yo no estaba mirando un camino derecho de un kilómetro. A unos cuantos cientos de metros de distancia, justo antes de que el camino hiciera una curva hacia la izquierda, había un descenso profundo en el camino que ocultaba cualquier cosa que hubiera podido estar allí. El camino derecho y sin automóviles era una ilusión óptica mortal.

“Hola, Beth, ¿cómo están las cosas? . . . Bueno, me involucré en una larga conversación después del servicio, luego fuimos a un parque, pero ahora vamos camino a casa. Llegaremos . . .”

“Papá, tengo hambre. ¿Cuándo vamos a llegar a casa?”

Me di vuelta para contestarle a Alex mientras todavía estaba en el teléfono con Beth. Entré a la intersección y entonces . . .

El ensordecedor ruido del metal desintegrándose fue repentino, y enseguida se disipó en silencio. Todo era silencio.

+++

Mientras la inconsciencia daba paso a un estado de desorientación, luché mentalmente para imponer orden al caos. El ínfimo comienzo de un pensamiento me atravesó la mente: *¿Por qué yazco en una cuneta al lado de mi automóvil?* Muchos pensamientos se agolparon en mi mente. *¿Qué es lo que está sucediendo?* Con la

primera luz de razonamiento titilando en mi mente aún confusa, me senté, desconcertado. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué estaba aquí? Alex —él estaba conmigo, ¿no? *¿Dónde está Alex? ¿Dónde está mi niño?*

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, pero varias personas

+++ Escuché un ruido terrible en la intersección a sólo unos pocos metros de la puerta principal de mi casa. Yo había sido bombero y pensé que podía ayudar, así que corrí hacia el lugar donde había ocurrido el accidente. Cuando llegué, Kevin, a quien no conocía en ese entonces, estaba aturdido. La gente le decía que se sentara, y era obvio que estaba desorientado. Primero me dirigí al otro automóvil, pero esas personas parecían estar bien. Luego fui al automóvil de Kevin y vi que en el asiento posterior había un niño pequeño. Me metí lo más que pude para llegar al asiento posterior, pero no tenía idea de si el niño estaba vivo o muerto. Sabía que no debía tocarle la cabeza, pero le coloqué la mano en el pecho. No pude percibir que respirara. Soy un hombre de fe, así que comencé a orar por ese niño. También le hablé como si me pudiera oír, pero no me respondió. Le dije: “Oye, amiguito, no te preocupes.”

Y continué orando.

“Vas a estar bien.”

Y continué orando.

“No tengas miedo. No te abandones.”

Y continué orando.

“Vas a estar bien, pequeño. Ya llega la ayuda.”

No tenía indicación alguna de que Alex estuviera vivo, pero continué orando por él y por su padre.

Dan Tullis +++

ya habían acudido corriendo desde sus casas al lugar del accidente. “Quédese quieto. No se mueva,” imploró alguien. No lo pude hacer. Cada fibra de mi corazón estaba gritando: *¿Dónde está Alex?* Ahora que estaba de pie todo me sonaba apagado. Me movía en cámara lenta, como si estuviera caminando en el fondo de una piscina. Una y otra vez grité: *“Alex, Alex, Alex!”* No obtuve respuesta. El temor hizo que el corazón me palpitara con un ritmo inusual. El silencio se sentía pesado, pero muy pronto fue roto por el sonido estridente de las sirenas.

Y en el momento en que mi mente comenzaba a sentirse sobrecogida de temor, sentí el toque suave de un brazo que me rodeaba el hombro. Me di vuelta para ver la mirada amable de una persona que no conocía.

“Has estado en un accidente automovilístico, hijo. Todavía hay un niño en el asiento posterior del automóvil.”

Los bomberos y los policías estaban por todos lados, concentrándose en lo que antes había sido mi automóvil. Antes de siquiera pensar un instante en lo que podría encontrar en el asiento posterior, corrí y miré. Un olor acre y terrible azotó mis sentidos. En medio de miles de pequeños fragmentos de vidrio, tapicería destrozada y metal retorcido, estaba mi hijo, mi primogénito, en quien estaban albergados los sueños de su madre y su padre, con el cinturón de seguridad todavía abrochado —aún en su ropa dominguera. *Él está bien, él está bien. Ha perdido el conocimiento y es probable que tenga una conmoción cerebral, pero va a estar bien.* Sin embargo, en aquel momento de desesperación, lo que yo esperaba no se acercaba siquiera a la dura realidad. Y mientras continuaba mirando fijamente, muy pronto mi esperanza fue vencida por el temor. Alex tenía un corte profundo en la frente que le sangraba. Y ¿qué pasaba

con su cabeza? Le colgaba hacia el lado izquierdo en forma extraña, mucho más abajo de lo que debería estar. Sus ojos vacíos e inyectados en sangre miraban hacia abajo.

Alex, hijo mío . . . ¡parece estar muerto! Maté a mi hijo.

Una ola inmensa de incredulidad, horror y dolor devastador me sobrecogió, tratando de tragarme. Al otro lado del automóvil, los paramédicos trabajaban fervientemente, tratando de sacar a Alex para ponerlo en una camilla, mientras intentaban colocarle un conducto para hacer llegar oxígeno a sus pulmones.

Unos momentos después, el oficial médico de más rango consultó con el policía que había llegado primero al lugar del accidente y dijo: —Necesitamos comunicarnos con la oficina del doctor encargado de la morgue y cancelar el vuelo de MedFlight.

—Sí, señor, pero el helicóptero ya está aterrizando.

El pánico me apuñaló el corazón y comencé a jadear mientras los pensamientos se me agolpaban en la mente en forma incontrolable en medio del caos: *Soy el que causó todo esto. ¿Maté a mi hijo? ¿Qué pasó con las personas del otro automóvil? ¿De dónde apareció ese auto? ¿Iré a la cárcel? ¿Está Alex muerto en realidad?*

Mientras las personas que llegaban al lugar rodeaban la confusión organizada del personal de rescate, me invadió un sentimiento de culpa —el padre que había causado la destrucción en tantas vidas. ¿Estaban condenándome en secreto todas esas personas? Demasiado tarde. La condenación ya había invadido los lugares más recónditos de mi corazón. *Oh, Dios, ¿qué he hecho?*

El temor me atravesó todo el cuerpo como si hubiera sido una descarga eléctrica. Completamente desconcertado sobre lo que debería hacer, me di vuelta cuando una mano se posó en mi hombro derecho e interrumpió mis pensamientos.

“Señor, encontramos este teléfono en el automóvil. ¿Quiere llamar a su esposa?”

¡Beth! ¡Oh, no! Ella estaba hablando por teléfono conmigo cuando ocurrió el accidente. Todavía estaba en casa con Ryan, nuestro bebé de dos días, con Aaron y con Gracie. ¿Qué estaría pensando? ¿Qué fue lo que oyó? Mientras marcaba el número, me esforcé por vencer la creciente tensión que sentía en la garganta.

—Beth.

—Hola, ¿Kevin?

En el instante en que escuché su voz, el dolor y el sentimiento de culpa estallaron en sollozos entrecortados.

—Ay, Beth, ay, Beth, ¡hemos tenido un accidente terrible! —Las lágrimas me bañaban el rostro.

—¿Está muerto? —me preguntó en voz baja y calmada.

—No lo sé. No lo sé. Lo están subiendo a un helicóptero y lo van a llevar al Hospital de Niños. Lo siento tanto, Beth.

—Tengo a los niños. Enfoquémonos en lo que debemos hacer ahora mismo. Te veo en el hospital.

+++

Mientras iba conduciendo, recuerdo haberle dicho a Dios: “Alex es tuyo. Si decides llevártelo, está bien, pero tendrás que darme las fuerzas para soportarlo.”

Beth Malarkey,
la madre de Alex

En el preciso caos del esfuerzo de rescate, escuché decir a alguien: “Tenemos un latido, muy débil, pero lo escuché.” Para ese momento, Beth había colgado el teléfono y estaba alistando a los niños para hacer el viaje de una hora y media al Hospital de Niños de Columbus.

Corrí hacia el helicóptero, determinado a viajar también con ellos, pero un brazo fuerte se extendió hacia mí, deteniéndome.

+++ El tiempo es siempre muy importante, pero aún más en el caso de Alex. Cuando revisamos a Alex en el lugar del accidente, tenía las pupilas fijas (no respondían a la luz), no podía respirar por sí mismo y era difícil sentirle el pulso. Mi compañero y yo supimos que tenía heridas muy graves y pensamos que probablemente muriera debido a esas heridas. Aun así, hicimos lo mejor posible. Camino al accidente, sentí en mi corazón que debía orar antes de que llegáramos, así que oré en silencio mientras volábamos hacia el lugar del accidente. Ahora entiendo mejor por qué.

Una vez que pusimos a Alex en una camilla, lo llevamos al helicóptero. Kevin nos preguntó si podía orar por su hijo antes de que nos fuéramos. Le dijimos que sí, pero que tenía que hacerlo con rapidez porque teníamos que irnos con urgencia. Kevin comenzó a llorar, y nosotros nos preocupamos de que su oración pudiera tomar demasiado tiempo. Le pregunté si era cristiano, y nos dijo que sí. Le dije que el enfermero y yo también éramos creyentes. Le pregunté si creía que Dios quería sanar a su hijo, y me dijo que sí. Le dije que nosotros creíamos lo mismo. Después de eso le pregunté si me daba permiso para orar por su hijo en el helicóptero. Me dijo que sí, así que le dimos las gracias y nos fuimos.

Una vez que estuvimos en el helicóptero, con rapidez coloqué una mano sobre la cabeza de Alex y oré pidiendo que fuera sanado en el nombre de Jesús. Luego, simplemente le di gracias a Dios por sanar a Alex y tuve fe de que Dios estaba haciendo lo que dice en su Palabra que hará.

A menudo oro por los pacientes mientras volamos —no siempre, pero a menudo.

Dave Knopp, paramédico +++

—¿Es usted el padre? —me preguntó un paramédico uniformado.

—Sí, sí, soy el padre —le dije, tratando de avanzar y de subir al helicóptero.

—Usted puede viajar con nosotros. —Pero luego titubeé por un momento y miró hacia la escena de accidente.

—Perdone, pero, ¿estuvo usted también en el accidente?

—Sí, yo estaba manejando, pero estoy bien.

—Lo siento mucho, señor, pero no puede ir con nosotros. Usted debe ser examinado en nuestro hospital local.

El pánico se apoderó de mí nuevamente. ¿No acompañar a Alex? ¡Imposible! Yo comencé a rogar, pero no me importó.

—Tiene que dejarme ir con mi hijo. De verdad, estoy bien. Tengo que ir con él. Por favor, déjeme ir con Alex . . . ¿por favor?

—Señor, entiendo lo que debe sentir, pero ahora, lo mejor que puede hacer por su hijo es ir al hospital, que lo revisen, y asegurarse de que está bien, y dejarnos hacer lo que necesitamos hacer. Alex es su prioridad. Y también es la nuestra.

—¡Pero estoy bien! —protesté—. Fíjese, estoy caminando bien. Tiene que dejarme ir con él.

En forma firme pero respetuosa, el paramédico me dijo: —Lo siento, señor. Tengo que cerrar la puerta para irnos ahora.

“¡Oh Dios, oh Dios!” clamé orando con desesperación. “Por favor, salva a mi hijo, por favor . . .” Pero eso fue todo lo que pude decir porque me sobrecogieron sollozos de dolor.

El primer paramédico miró a su compañero y dijo con la mandíbula tensa: “Tenemos que irnos ahora.”

De Alex

Fui al Cielo

Dejen que los niños vengan a mí. ¡No los detengan! Pues el reino de Dios pertenece a los que son como estos niños.

MARCOS 10:14

Papi no vio el automóvil que venía, pero yo sí. A mí me gusta mirar hacia fuera por la ventanilla de atrás del auto de papi, y eso es lo que estaba haciendo cuando comenzamos a doblar. Yo iba a decirle que venía un auto cuando chocamos.

Durante un segundo antes de que comenzara toda la “acción,” hubo un momento de calma. Recuerdo haber pensado que alguien iba a morir. Cuando la calma terminó, escuché el ruido que hace el vidrio cuando se rompe, y vi que los pies de papi salían del automóvil.

Entonces pensé que sabía quién iba a morir. Pero luego vi algo increíblemente fantástico. Cinco ángeles estaban sacando a papi del auto. Cuatro estaban llevando su cuerpo y uno estaba sosteniéndole la cabeza y el cuello. Los ángeles eran grandes y musculosos, como los luchadores, y tenían alas en la espalda que iban desde la cintura hasta los hombros. Pensé que papi estaba muerto, pero que no había problema porque los ángeles iban a hacer que él estuviera bien.

Entonces miré al asiento delantero, el del pasajero, y el diablo me estaba mirando a los ojos. Me dijo: “Sí, es verdad, tu papi ha muerto y es culpa tuya.” Yo pensé que el accidente había sido culpa mía porque le hice una pregunta a papi, y él se

dio vuelta para contestarla justo antes de que el otro auto nos chocó. No estoy seguro de si vi a papi desde el carro o desde el Cielo. Fui al Cielo muy poco después de que el auto nos chocó, y no estoy seguro del momento exacto en que salí de mi cuerpo. Sé que cuando estuve en el Cielo todo era perfecto.

Esto es lo que sucedió en el auto después de que el otro carro nos chocó. Todo esto sucedió en lo que parecieron unos pocos segundos. Escuché el ruido de vidrios que se rompían, y traté de agachar la cabeza para protegerme. Mientras agachaba la cabeza, vi un pedazo de vidrio en mi dedo pulgar. Entonces fue cuando me di cuenta de que esto era real. Traté de morder a Barney. Sentí dolor en la boca como si tal vez me hubiera mordido la lengua. Comencé a sentir dolor en todo el cuerpo. Pensé que sería el próximo que iba a morir. Pensé que había fuego detrás de mí, porque sentía quemazón en la espalda. Traté de girar la cabeza hacia la parte de atrás del auto, pero no había fuego. Lo único que pude ver fue un gran círculo negro, y algo olía terriblemente mal. Sentí un dolor muy fuerte en la parte de atrás de mi cabeza. Sentí como un cuchillo cortándome el cuello. Entonces me di cuenta de que tenía la cabeza colgando hacia un lado y que no la podía levantar.

Traté de llamar a mi papi, pero no pude escuchar el sonido de mi voz. Pensé que tal vez no podía oír. Entonces pensé que el sonido del choque del carro estaba haciendo eco en mi cerebro. Con los labios dije: “Te amo, papi.”

Pensé que el techo del auto se me iba a caer encima. Sentí como que estaba en un avión que estaba volando en el camino. Sonaba como un volcán en erupción que venía hacia mí. Vi

inflarse las dos bolsas de aire. Papi voló del auto justo antes de que las bolsas salieran. La ventanilla del lado del pasajero en el frente del auto se rompió. El asiento posterior fue desgarrado por el vidrio que volaba. Tenía pedazos de vidrio en mi mano derecha, en mi axila izquierda, en mi pelo y en mis partes privadas. Sabía que tenía un corte en la ceja porque me goteaba sangre. Sabía que estaba sangrando en mi garganta, mi nariz y mis ojos. Sentí que también el estómago me sangraba por el cinturón de seguridad.

El bombero cortó mi cinturón de seguridad porque estaba trabado. Me pusieron algo en la garganta para que pudiera respirar. Cuando estaba en la camilla, me dijeron que fuera fuerte. Me dijeron que estaba muy herido y que iría al hospital. Dijeron que era un niño valiente.

Fui a través de un túnel largo y blanco que era muy brillante. No me gustó la música del túnel; era una música muy mala tocada en instrumentos de cuerdas realmente largas.

Pero luego llegué al Cielo, y había una música poderosa, que me encantó.

Cuando llegué al Cielo, los mismos cinco ángeles que habían ayudado a papi a salir del auto estaban allí. Me consolaron. Papi también estaba en el Cielo. Los ángeles se quedaron conmigo para que papi pudiera estar a solas con Dios. Papi tenía heridas graves como las mías, pero Dios lo estaba sanando en el Cielo para traer gloria a sí mismo; eso fue lo que Dios me dijo más tarde. Papi le preguntó a Dios si podía cambiar su lugar por el mío, pero Dios le dijo que no. Dios le dijo que me sanaría más tarde en la tierra para traer más gloria a su nombre.

Después de que Dios le dijo que no a papi, el espíritu de papi volvió a su cuerpo al lado de nuestro auto arruinado. Yo podía ver a papi desde el Cielo, tendido en la zanja al lado de nuestro auto.¹

¹ Kevin: "No recuerdo haber estado en el Cielo, pero Alex dice enfáticamente que esto es lo que sucedió."



Acerca de los autores

KEVIN MALARKEY ES un terapeuta cristiano que practica la consejería cerca de Columbus, Ohio. Asistió al College of Wooster e hizo sus estudios de posgrado en Ohio State University. Sus estudios incluyen psicología clínica, evaluación psicológica y consejería familiar. Kevin tiene experiencia en desarrollar programas educacionales, evaluación de trastornos psicológicos y consejería para jóvenes de barrios céntricos deprimidos y sus familias. Él y su esposa, Beth, tienen cuatro hijos (Alex, Aaron, Gracie y Ryan) y asisten a una iglesia evangélica sin denominación. Disfrutan compartiendo tiempo, participando en los juegos de tablero, visitando el zoológico, encontrando nuevos lugares de recreación y explorando parques y áreas de entretenimiento.

“Algunas veces no tengo idea sobre qué pensar de la vida sobrenatural de Alex; no tengo un casillero teológico para colocar este asunto. Sin embargo, cada persona que se ha tomado el tiempo para conocer

a Alex está de acuerdo en que él es un niño excepcional en quien Dios ha puesto su mano para sus propósitos.” —Kevin Malarkey

ALEX MALARKEY (12), el hijo de Kevin, es la persona más joven del mundo que ha sido sometida a la llamada “operación Christopher Reeve,” que le permite respirar sin el uso de un ventilador. Él puede mantenerse erguido durante una hora con la ayuda de una estructura de soporte y, con un arnés especial, puede caminar en una máquina rodante mientras ayudantes le mueven sus piernas. Alex es un hincha apasionado de los Steelers. Él cree que va a volver a caminar por sí mismo nuevamente algún día.